

MARIANO DE CÁVIA

SALPICÓN

DIBUJOS DE ANGEL PONS

Fotograbados de Verdoux, Ducourtieux y Huillard, de Paris.



MADRID

Librería de Fernando Fé.

CALLE DE SAN JERÓNIMO, 2

1892

SALPICÓN

PQ 6605
.A93
S3

ES PROPIEDAD



FONDO
RODRIGO DE LLANO

Imprenta de E. Rubiños, plaza de la Paja, 7 bis.

SALPICÓN

DON Quijote lo tenía en su mesa *las más noches* (según cuenta el puntual Cide Hamete Benengeli), y esto bastará para que el lector no se enfade si yo lo pongo en su mesa... una vez nada más.

El nombre al menos es clásico, castizo y bien sonante. La cosa está muy por debajo del nombre. *Salpicón*, siguiendo las pragmáticas del Sanhedrin del habla castellana, es un fiambre de carne picada, compuesto y aderezado con pimienta, sal, vinagre y cebolla.

¿Puedo ofrecer conducho más ramplón á mi rey y señor Su Majestad el Público? Ya ve el lector discreto que no ofrezco regalarle con francolines de Milán, faisanes de Roma, ternera de Sorrento, perdices de Morón, gansos de Lávajos, ni siquiera con cecinas del Castañar

*cuyas hebras me parecen
deshojadas clavellinas...*

Como en *Azotes y Galeras*, el lector goloso no puede llamarse á engaño. La metáfora cocineril de que me valgo dá idea de lo que es esta nueva colección de artículos viejos; y eso que aún dentro de la modestia que parece implicar la metáfora, puede haber una pizca de vanidad y un poco de preunción.

—Veo—podrá opinar el crítico—la carne picada y fiambre, el vinagre, la cebolla... Lo que no percibo es la pimienta y la sal, de que habla el Diccionario en su receta.

¡Cómo ha de ser! Las metáforas de fogón son ocasionadas á semejantes objeciones, ni más ni menos que á cariñosas reprimendas de *Clarín*. Por si se le antojara á Alas amonestarme de nuevo con el consabido *¡menos cocina y más literatural* me adelantó á decirle que esto ni es literatura ni es cocina.

Esto es un revoltijo de actualidades que fueron, y que acaso gusta recordar; un *spoliarium* de la política menuda, de esa política que tiene su Agora en el Rastro, y en el Salón de Conferencias un nuevo patio de Monipodio; un montón de efemérides de la frivolidad pública; un cajón de sastre,

pero de sastre de teatro, que así mezcla retazos del "peplum," de Medea con tiras del hábito de doña Inés de Ulloa, como revuelve el cisne del casco de Lohengrin con el plumero del general Bum-Bum; un ciclorama de feria en donde se ven juntos Cánovas y la Higinia Balaguer, León XIII y *Lagartijo*, monsieur Eiffel y *Jack el Destripador*, vistas de Madrid y vistas de Chicago; un amasijo de sobras y migajas de la crónica volandera; un saldo, en fin, de *gacettillas*.

Ni más ni menos. Ya ve *Clarín* que continúa desatendiendo sus advertencias... Este libro contiene la menor cantidad posible de literatura. Ya veremos de poner vislumbres y apariencias de ella en futuros volúmenes. Entretanto, echo á la calle *Salpicón*; y digo á la calle, porque hartó cuidará mi rumboso editor—como también esta prensa madrileña á quien debo tan grande y profunda gratitud—de que la edición no se quede en casa... En casa de Navamorcuede, como diría don Leandro.

Por lo que toca á la cocina, nada más fácil para el crítico y el lector—si el significado les molesta—que despojar á *Salpicón*

de toda "trascendencia," culinaria y de todo "simbolismo," de figón.

El Diccionario, que todo lo añasca, también lo arregla todo á veces. Ahí lo tiene el lector, zurciendo honestamente su voluntad con la mía, y declarándonos á entrambos que *Salpicón* es la "mancha producida salpicando."

Si; algunas salpicaduras hay en estas páginas para cosas y personas que quisieran permanecer constantemente inmaculadas.

También quisiera yo darles ese gusto; pero el periodista moderno no dispone de un Pegaso ideal y aligero que le lleve por entre nubes de ópalo y grana, sino de trotones modestos (ó bien de simples bicicletas, á falta de trotones), que al pasar á escape por entre una muchedumbre que tiene los pies metidos en el barro, salpica involuntariamente á este ó al otro transeunte.

No hay que suponer por eso que me tengo por un Juvenal... de caballería.

Reléase lo que va escrito—si hay paciencia que á tanto llegue,—y se dará con la explicación exacta de *Salpicón*. Si las dos del Diccionario no bastaren, sepa el lector

insaciable que todavía trae una tercera ese precioso libro.

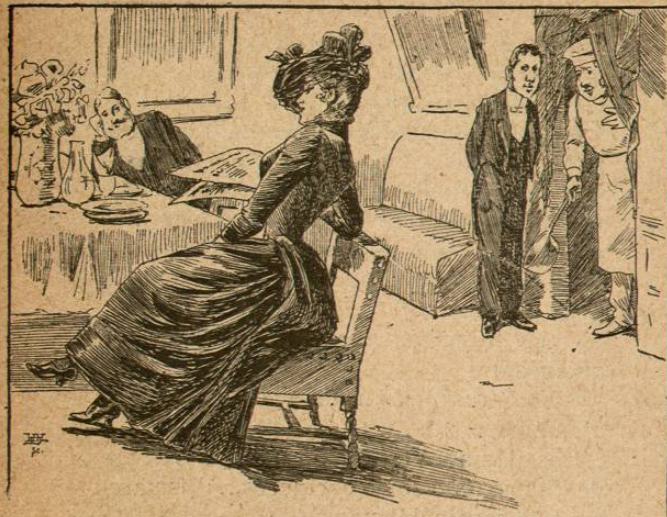
Salpicón, en sentido figurado, es una "cosa hecha en menudos pedazos."

Lector, por Dios, ¡no cambies ese sentido figurado en sentido real! ¡No aceptes, por los clavos de Cristo, semejante acepción! Y si la aceptas... *rompe, pero paga.*

Octubre de 1891.



BIBLIOTECA "RODRIGO DE LLANO"
SECCION DE ESTUDIOS HISTORICOS DE LA
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON



PURÉ DE WERTHER

(MONÓLOGO DE UN COCINERO)

I

DECIDIDAMENTE, hay nombres fatales, predestinados. El mío es todo eso, y algo más. Durante mucho tiempo, ha sido un nombre ridículo... Ceñir el blanco mandil, llevar el

clásico gorro del *chef de cuisine*, y tener un nombre romántico y novelesco, es el colmo de la anomalía.

Los madrileños más ó menos glotonos que hace algunos años — ¡dieciocho nada menos! — frecuentaban el Café Europeo, supieron un día que aquellas cacerolas, parrillas, sartenes y asadores pasaban á otras manos, á las de un nuevo cocinero, muchacho de gran porvenir.

—¿Es francés? — preguntaban los parroquianos.

—No, — respondían los camareros. — Es alemán.

Los alemanes estábamos entonces de moda. Sobre todo como cocineros... ¡Bismarck tenía la sartén del mango!

Otros parroquianos, más curiosos, preguntaban al dueño del *restaurant*:

—¿Cómo se llama el nuevo cocinero?

—Werther.

Y casi todos se echaban á reir.

Un día, después de examinar la lista uno de los clientes más socarrones, y de hacer un gesto de desagrado, exclamó:

—Ese Werther deshonra su apellido... ¿Cuándo le ocurrirá darnos *puré de suicida*?

¡Ah! tan sólo un caballero gordo, muy gordo, que era todo un sabio y todo un gas-

trónimo también, don Antonio Ferrer del Río, comprendió mi destino, y no quiso ocultármelo.

Estaba en los postres de una opípara y exquisita comida, y dijo, dirigiéndose á uno de los camareros:

—A Werther, que deseo felicitarle verbalmente.

Yo me apresuré á saludar verbalmente á don Antonio.

El cual, después de afables y corteses cumplidos, pronunció con solemnidad estas palabras:

—Lleva usted el nombre de un héroe de Goethe. Por ahí creen que usted pone en ridículo su apellido. La fuerza del sino jamás es ridícula. Usted será víctima de una pasión desordenada. Acuérdesse usted... *Habent sua fata nomina*.

¡En latín, y todo!

Aquella profecía me estremeció... ¡La profecía va á cumplirse, hoy 15 de Agosto de 1887!



II

Va á cumplirse, sí.
Estoy enamorado,
profundamente ena-
morado; enamorado
hasta la médula de
los huesos; enamo-
rado como Romeo,
Marsilla, Abelardo

y el caballero Des Grieux—yo soy
un cocinero ilustrado;—enamora-
do como la mariposa de la flor,
como la hiedra del roble, como el
salmón de la salsa tártara, como las trufas
del pavo, como el solomillo de las patatas
a la maître d'hôtel.

Yo dichoso en paz vivía,

á guisa de tenor de zarzuela, rigiendo los
estómagos y deleitando los paladares de
estos bañistas que buscan en las aguas de
Urbegorri-Urbegoechea, todo lo que aquí
precisamente he perdido yo: la salud, el
descanso, la vida.

Vivía en paz, cuando de pronto se pre-

sentó Carlota, mi ideal Carlota, mi viuda
Carlota... Es decir, mi viuda no; la viuda
del hombre dichoso y envidiable que gozó
las primicias de su amor y de sus gracias.
¡Ella, á quien tantas veces había visto y
contemplado en Madrid, sin que sus ojos
azules, sus rizos rubios y su andar de diosa
me produjesen la impresión fascinadora que
me han causado aquí!

¿Será este fenómeno un efecto de las
aguas?

En vano es buscar su origen. No puede
tener más que uno. Ella, Carlota; yo, Wer-
ther... Es la fatalidad, como decían en *La
bella Elena.*

III

¡Desdén como el suyo!

Junto á Carlota, Diana parece una Friné,
Lucrecia una Tais, doña María Coronel una
coquetuela de tres al cuarto.

¡Martirio como el mío!

Abrasado en su amor, empezaba á entor-
pecerse mi hábil mano y á embrollarse mis
artísticas combinaciones. Poco á poco iba
perdiendo la noción de las salsas. Hubo
quien se quejó, y el propietario del estable-
cimiento se vió obligado á decirme:

—¿Qué descuidos son éstos, Werther?
¿Quizás está usted enamorado?

—¡Cielos!—dije para mi delantal.—Este hombre sí que es de los que huelen dónde guisan.

Pero la Providencia velaba por él, por los bañistas, y... casi casi llegué á creerlo, por el desdichado Werther.

Cuatro días hace fué interrogado por Carlota mi confidente Pepe, el mozo de comedor.

—¿Quién está aquí de jefe de cocina?

—Werther, señora.

—Un alemán que...

—El mismo.

—Le conozco de Madrid. Ha estado en dos ó tres *restaurants*, y últimamente en casa del duque de la Gastralgia. Es un alemán muy simpático. Sé que es persona fina. Don José Rivero le pone en las nubes. ¡Ay! Dios ponga tiento en sus manos, porque yo soy muy delicada para la mesa, y no me avergüenza el decirlo: el plato es para mí una pasión.

Cuando Pepe me contó todo esto, estuve á punto de volverme loco de júbilo.

—¡Es gastrónoma!—exclamé derramando lágrimas de alegría.—Yo sabré hacerme dueño de su corazón, haciéndome antes señor de su estómago.

IV

¿Por qué ha dispuesto mi cruel destino que los coches de los viajeros lleguen á este establecimiento minutos antes de que la campana anuncie la hora de comer?

He ahí la causa de mi terrible infortunio, he ahí lo que va á darme la muerte.

Guiada mi mano por el amor á Carlota, preparé hace tres días una comida excelente. Treinta cubiertos. Una duda empañaba el cielo de mis esperanzas... ¿Vendrán á la hora de comer muchos viajeros?

Vinieron muchos más de los que se esperaban. Hubo que añadir á la sopa catorce ó dieciséis cazos de agua. Mi *puré d'écrevisses* resultó detestable. El *menú* se transformó completamente. ¡Ah! ¿Por qué no me quité la vida?

Pepe me dijo por la noche:

—La señora, al probar la sopa, ha dicho que no le disgustaba el *impuré*.

¡El *impuré*! Aun en la misma gloria haría este chiste mi eterna desesperación.

Al otro día, nuevo esmero, nuevo *menú*, nueva intranquilidad, ¡nueva desesperación! Treinta bañistas más, venidos de im-

proviso, aguaron mis esperanzas... y mi puré de pechugas.

Carlota dijo en la mesa:

—Vamos á perder el estómago. De aquí á Vichy. ¿Si tendrá participación en aquellos baños el dueño de éstos?

Ayer, por fin, tomé medidas extraordinarias. Mi emoción era inmensa... De un golpe se presentaron cuarenta nuevos bañistas.

Carlota se limitó á decir de la comida:

—¡Qué bruto debe de ser ese cocinero! Al fin y al cabo, alemán.

V

Estoy decidido.

Oigo ya á lo lejos el cascabeleo de los tiros de los coches. Aunque vengan cincuenta viajeros —cosa inverosímil y nunca vista— espero rehabilitarme; Carlota se chupará los dedos de gusto, y por comer, se comerá hasta las frases que ha pronunciado estos días.

¡Cómo me palpita el corazón!

Ya se acercan los coches... Mucho ruido parece que hay en la puerta del establecimiento... ¡A ver! ¡a ver!

VI

¡Setenta de un golpe!

¡Mi reputación, mis ilusiones, mi amor, todo perdido!

Estoy resuelto.

Moriré como Vatel. ¿Como Vatel? ¡No! Mi muerte ha de ser más artística, digna de mí y digna de Carlota... Brillat-Savarin ha dicho que el descubrimiento de un manjar nuevo es más beneficioso para la humanidad que el de cien estrellas. Quiero hacer bueno el aforismo de Brillat-Savarin.

He aquí la inmensa marmita de la sopa. Su ebullición me atrae... ¡Esa será mi tumba! ¿Puede haber otra más digna de un cocinero? Corro á ella, ahora que nadie me ve.

¡Adiós, Carlota! Muero por tu amor. Hoy saborearás el puré de Werther... Hoy sí que encontrarás rica la sopa!

